

dolor de David, haciendo que contra él se rebelase su queridísimo hijo Absalón, fué porque estos dos santísimos varones eran en extremo amados por el Dios de las misericordias, quien quiso someterlos á duras pruebas, para poder después acrecer su recompensa. *Tanquam aurum in formace probavit illos* (SAP. III).

Enjugad, pues, el llanto, os diré una y mil veces; y pues sois los más protegidos de la Providencia, sed también los más fervientes, los más entusiastas en tributarle vuestro reconocimiento. Cómo debéis portaros para que el hacimiento de gracias no sea una estéril ostentación de vanas palabras, sino un acto eficaz de verdadero agradecimiento, es lo que voy á procurar mostraros, si tenéis aún la paciencia de escucharme breves instantes.

PUNTO SEGUNDO.

—

Cuando el santo joven Tobías regresó á la casa paterna, después de su peligroso viaje, se encontró perplejo, no sabiendo cómo mostrar su reconocimiento al Arcángel que lo había acompañado. *Quam mercedem dabimus ei*, dijo á su padre, *aut quid dignum poterit esse beneficiis ejus?* ¿Qué recompensa le daremos? ¿qué cosa podrá corresponder á sus beneficios? Me ha llevado y traído sano y salvo; él cobró el dinero de Gabelo: él me ha hecho tener mujer, él apartó de ella al demonio, causó alegría á sus padres, me libró á mí de que me tragase el pez, y á tí también ha hecho que veas la luz del cielo, y por medio de él hemos sido llenos de toda clase de bienes. ¿Qué le podremos dar correspondiente á todos estos favores? Pero yo te suplico, oh padre, le ruegues si por ventura quiere aceptar la mitad de todo lo que se ha traído. (TOB. XII.)

Hé aquí, Hermanos míos, el tipo del verdadero agradecimiento. Hé aquí el ejemplo que todos los cristianos

debemos imitar para con Dios, aunque en mucho mayor escala, pues son mucho mayores sus beneficios. Él, después de crearnos de la nada, nos ha llevado sanos y salvos por el camino de la vida; y por entre breñas escarpadas y matorrales espesos, á través de impetuosos torrentes y borrascosos mares, nos ha traído hasta el fin de esta jornada, siquier breve, siquier larga en que hoy nos hallamos, sin experimentar lesión alguna, á pesar de haber mil veces caminado sobre áspides y basiliscos, y hollado el león fuerte, y el alevoso dragón. Él no tan sólo cobró el dinero de Gabelo, como lo hizo el Arcángel con Tobías, sino que nos rescató con su propia sangre y nos hizo herederos de su gloria. Él más de una vez nos ha sacado de las fauces del dragón infernal próximo á devorarnos; y cuando espesas cataratas cubrían nuestros ojos, y nos ocultaban el resplandor de la virtud, Él los ha abierto con su gracia á la luz del cielo, y nos ha hecho conocer esa Belleza siempre antigua y siempre nueva, cuya contemplación encanta á los serafines. Él, en suma, nos ha colmado de toda clase de bienes espirituales y temporales: ¿qué le podremos dar que corresponda á tamaños beneficios?

El joven Tobías, no conociendo aún que su protector era un Arcángel, propuso darle en recompensa la mitad de sus bienes. Pero nosotros, que conocemos perfectamente que nuestro bienhechor es el Dios del universo *in quo vivimus, et movemur, et sumus* (ACT. XVII, 28), en quien vivimos, y nos movemos y somos, ¿qué podremos darle en recompensa de todos sus dones? ¿Nuestros bienes? Él nos los dió. ¿Nuestra vida? De él la tenemos. ¿Nuestro sér? De él lo recibimos. Nuestro amor es lo

único que podemos darle. Nuestro amor es lo único que nos pide. Nuestro amor es el único medio de probarle nuestra gratitud.

Vil é ingrato será el que desde hoy no comience á servirlo; el que se obstine en permanecer sumergido en el sueño del pecado, y conserve aún su amor á las criaturas percederas. Hoy es el tiempo de cambiar de vida; hoy es el tiempo de empezar á poner en práctica vuestras buenas resoluciones; hoy que el Señor nos ha conducido al fin de una de las pocas jornadas en que se divide nuestro viaje sobre la tierra, y nos amonesta de mil modos que su término no está lejano.

Año nuevo, vida nueva, dice el proverbio vulgar: aplicadlo, yo os lo ruego, á vuestra vida espiritual. Si en los años pasados habéis sido negligentes en vuestros deberes, distinguíos en el venidero por vuestra diligencia en satisfacerlos; si habéis sido esclavos del vicio, cultivad en adelante la virtud; si habéis despreciado los mandamientos de Dios y de su Iglesia, de hoy más acatadlos y sed fieles en su cumplimiento.

Quizás no habéis hasta ahora suficientemente pensado que no basta amar á Dios, como amamos á cualquiera de sus criaturas, sino que es preciso amarlo con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y sobre todas las cosas. Este es el primero y más grande de los mandamientos, según nos lo asegura el mismo Jesucristo. No hay peligro en este siglo de que os hayáis fabricado dioses de barro y de madera que adorar en lugar del verdadero; pero si ponéis la mano sobre vuestro corazón, ¡quién sabe si encontraréis que pertenece más á las criaturas que al Creador! Quién sabe si vuestra fé ha-

brá vacilado; si no habréis siempre tenido el valor de confesarla. Quién sabe si alguna vez habréis llegado á olvidar que tras de ésta vendrá otra vida inmortal y eterna, y que hay un cielo á que hemos de aspirar.

Si así fuere ¡oh! no queráis endurecer vuestros corazones, ahora que oís al Señor que os habla por mi boca. Avivad vuestra fé; haced renacer en vuestros pechos la esperanza; reencended el fuego de la caridad, y vuestro amor se dirija tan sólo al Señor. Si pronunciáis su nombre, sea con reverencia: si de Él habláis, sea para alabarle: si sobre Él discurrís, sea para pregonar sus beneficios. Jamás oséis llamarlo por testigo de vuestras iniquidades; nunca os atreváis á blasfemarle; y si por acaso os hubieris olvidado que habiendo creado el mundo en seis días, el séptimo lo dedicó al reposo, y en consecuencia nos mandó santificar el día de sábado, consagradle sin falta, en lo futuro, al menos un día de los siete que cada semana tan liberalmente os concede. Llevad continuamente grabado en vuestras mentes, que el que resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios, *qui potestati resistit, Dei ordinationi resistit* (ROM. XIII), y acordaos que si queréis vivir largo tiempo sobre la tierra, fuerza es que honréis á vuestro padre y á vuestra madre, y á los que ocupan su lugar. Recordad que el que á hierro mata á hierro muere, y que si no amamos al prójimo, á quien vemos y tratamos continuamente, ¿cómo podremos amar á Dios á quien no vemos? Mas la caridad bien ordenada, ya lo sabéis, principia por sí mismo, y nuestros cuerpos son el templo vivo del Espíritu Santo. ¡Ay del que ose profanar ese templo santísimo: las puertas de la gloria le serán para siempre cerradas!

Ni es menor el castigo que espera á los que roban los bienes ajenos (I COR. VI, 10): ni ellos, ni los avarientos, ni los maldicientes, dice San Pablo, verán el reino de Dios. Y sin embargo, dice el libro del Eclesiástico (ECCLI, XX, 27), vale más tener trato con un ladrón que con un hombre que miente á cada paso; y no en vano asegura Salomón en los Proverbios (PROV. XII, 22), los labios embusteros son abominables al Señor. Así pues, Hermanos míos, yo os exhorto con el Apóstol de las Gentes, á apartar "*lejos de vosotros toda mentira y á hablar toda verdad, porque somos miembros los unos de los otros.*" (EPH. IV, 25.) No codiciéis la hacienda que no es vuestra, ni apartéis de vuestra memoria las palabras del Salvador, que todo aquel que pusiere las ojos en una mujer para codiciarla ya cometió adulterio en su corazón: *omnis qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam mæchatus est eam in corde suo.* (MAT. V.)

Este es el verdadero modo de mostraros agradecidos al Padre de las misericordias, al Dios de todo consuelo. Lo demás serán vanas palabras, será irrisión, será engaño; y ¡ay del que osa engañar al Espíritu Santo! Si venís, pues, á arrodillaros delante de la Majestad del Dios tres veces santo, que escudriña nuestros corazones y ve nuestros pensamientos, y no tenéis la firme resolución de servirle y de mudar de vida, si la habéis tenido desarreglada, ¡ay de vosotros!

No hay quien ignore las palabras de Jesucristo con que nos asegura que, á la hora que menos pensemos, vendrá el Hijo del Hombre á llamarnos á juicio. Ahora bien: según lo explican los Padres, y la razón nos dicta, nunca pensamos menos en la muerte, que cuando peca-

mos; en pecado pues nos cogerá la muerte, si no nos apresuramos á salir de este estado miserable: *in peccato vestro moriemini.* (JOAN. VIII.) No creo que ninguno de los que me oyen se encuentre en tan lamentable situación, y sé que más bien que exhortaros á dejar el vicio, debería tan sólo recordaros las culpas pasadas para mayor compunción, y deciros como San Pablo á los Corintios: *hæc quidem fuistis sed mundati estis, sed sanctificati estis.* Sí, confío en que todos estáis ya limpios y santificados, y que os puedo decir con seguridad, fuisteis en verdad pecadores, más ya marcháis por el camino de la santidad. *Hæc quidem fuistis.*

Mas si, por desgracia, hay quien esté aún detenido en las redes del pecado, haga un violento esfuerzo y, con la ayuda de la divina gracia, rómpalas sin dilación. ¿Posee bienes que no le pertenecen? Devuélvalos al momento á su legítimo dueño, y bajo ningún pretexto los retenga, no sea que escuche cuando menos lo espere la cruel sentencia que sobre Simón fulminaron los labios de San Pedro: *pecunia tua tecum sit in perditionem* (ACT. VIII, 20), sólo os sirva vuestro maldecido dinero de acrecentar vuestros tormentos. ¿Hay quien esté inflamado de algún amor carnal, y no vacile en ofender á su Dios por satisfacer sus pasiones? Corte al momento los lazos que le unen con esa infeliz creatura, no sea que de repente caiga sobre él el fuego del cielo, como sobre los desdichados habitantes de la Pentápolis.

Sí, Hermanos míos, nuestra vida pende de un hilo: el Señor nos ha prometido que lo cortará cuando más descuidados estemos: ¿qué hacemos que no nos entregamos todos al servicio de nuestro Dios? Muchos de nuestros

amigos y conocidos, que se prometían una larga vida, que se preciaban de valientes y despreciaban á los que, según el consejo de la Escritura, pensaban en sus novísimos, han sido sorprendidos este año por la muerte, sin tener ni tiempo para prepararse á tan tremendo trance. ¿No nos sucederá lo mismo á nosotros en el venidero? Velad, velad, pues no sabéis á qué hora llegará vuestro Señor.

Es verdad que no faltará á su santa alianza, y la superficie de la tierra jamás será cubierta por las aguas, como en tiempo del diluvio universal. Pero aun suponiendo que globos de fuego visible no vengan á abrasarnos, cual en otro tiempo á las cinco delincuentes ciudades, ¿no tenemos ejemplos recientes de que Dios destruye, y muy á menudo, familias, poblaciones, ciudades enteras?

Hace poco más de cinco años, una terrible inundación destruyó muchas aldeas de Francia, y hundió en el más terrible luto á millares de familias. Hace cuatro, en nuestro propio continente, un terremoto no dejó piedra sobre piedra de varios pueblos de la República Argentina. Hace tres, esa catástrofe infanda acaecida en Santiago de Chile, que ha llenado de terror al mundo entero, destruyó en un momento, y de la manera más horrorosa, la mayor y más selecta porción de los habitantes de esa importante ciudad. No podéis ignorarlo. Un incendio, tan repentino cuanto voraz, consumió casi sin excepción alguna á cuantos se hallaban reunidos en el más vasto templo de aquella capital, celebrando el último día del mes de María. Hace apenas dos años, nuevas inundaciones asolaron la Italia y, hace muy pocos meses, la in-

comprensible cuanto destructora enfermedad, conocida bajo el nombre de *cólera morbo*, ha devastado con más rapidez y más furor que nunca las principales regiones del Asia y de Europa. ¿No es de temerse que dentro de pocos meses, ¿qué? tal vez de pocas semanas, nos venga á hacer su formidable visita? Velad, pues, os repito con Jesucristo, Hermanos míos, porque no sabéis el día ni la hora.

Velad, sí, que ya el terrible azote del Ganges ha cruzado los mares y se halla á pocas leguas de nosotros diezmando á los imprevisores habitantes de las Antillas. Velad, sí, que dentro de pocos meses quizá, la mayor parte de los que hoy nos encontramos en este templo habremos bajado al sepulcro. Velad, y mientras es tiempo aparejad vuestras lámparas, como las vírgenes prudentes del Evangelio, y estad prontos para recibir al Esposo.

Antes de advertiros con toda solemnidad del inminente peligro que os amenaza, he vacilado mil veces, y casi había resuelto callar, temeroso de predeciros males aún remotísimos. Considerando, empero, las circunstancias particulares en que la Providencia me ha colocado últimamente, he creído que sería en mí un delito el no preveniros con tiempo y exhortaros á la penitencia. El primer grito de alarma que arrojaron hace poco los peregrinos de la Meca, al verse de súbito invadidos de la terrible enfermedad, resonó claro en mis oídos y fué seguido de los ayes que exhalaban á pocos pasos de distancia las innumerables víctimas de Ancona y de Marsella. Conducido después á Madrid, vi caer en torno mío millares de millares, y por en medio de ellos tuve que abrir-

me camino, para venir á anunciar á mis compatriotas el horroroso espectáculo de que he sido testigo. Más veloz que mi nave, viajó la incomprendible peste con asombrosa rapidez y, como ninguno de vosotros ignora, no tardará en afligirnos con su visita. ¿Estáis preparados para recibir al terrífico mensajero del cielo? Mucho temo que no; y por esto, aunque el último de los ministros del Señor, os grito en nombre del cielo, con el Profeta Jonás: cuarenta días y Nínive será destruida, *quadraginta dies et Ninive destruetur*.

Esta populosa ciudad, que á pesar de sus desgracias, es aún la Reina orgullosa del Nuevo Mundo; esta ciudad, cuyos alegres habitantes, olvidándose de sus infortunios no hablan sino de goces, no buscan sino placeres, en breve quedará abandonada y desierta, y semejará á la viuda desolada que llora sobre el túmulo del que fué su esposo. Sus calles quedarán solitarias, vacíos sus alcázares; sólo ¡ay! sus cementerios tristemente poblados: *quadraginta dies et Ninive destruetur*.

De nada servirán mil ejércitos contra el enemigo que se prepara á asediarla, y burla todos los esfuerzos de la ciencia. La peste que nos amenaza, por más que pese al orgullo humano, no hay medio para precaverla, no hay recurso para evitarla, no hay poder para combatirla. Caerá, pues, sobre nosotros cual sobre los Asirios el Ángel exterminador; y ¡ay de tí, oh México, si no alzas los ojos al cielo y te preparas al tremendo golpe! *Quadraginta dies et Ninive destruetur*.

¡Ah, cristianos habitantes de esta desdichada ciudad! Son funestas mis predicciones; son negros mis augurios; pero en vosotros está el desmentirme, en vuestra mano

el que no tengan efecto mis malaventuradas profecías. Cuando el Señor envió al profeta Jonás á predicar á los Ninivitas, había ya resuelto en sus altos juicios el destruir toda entera su delincuente ciudad; pero ellos hicieron á porfía penitencia en cilicio y cenizas, y alejaron de su cabeza la cólera del cielo. Imitad vosotros su ejemplo, y el Señor extenderá á vosotros su misericordia.

Mas si, como todo lo indica, Su divina Mano descarga todo entero sobre nosotros el peso de su ira justísima, no hay más que besarla reverente, y recibir con resignación el castigo que tanto merecemos. Preparémonos con tiempo, pongamos en paz nuestras conciencias, y una vez en la gracia y amistad del Dios Todopoderoso, ¿qué habrá en la tierra ó en el infierno que nos pueda atterrozar? Este es el verdadero valor: el prever la muerte que nos amenaza, el prepararse á ella, y el salir á su encuentro sin vacilar. Ese valor que los mundanos hacen consistir en lanzarse á los placeres y olvidarse de los peligros que nos circundan, no es sino una demencia incomprendible. No los imitéis, cristianos que me escucháis. Os lo repito una y mil veces: el verdadero modo de dar gracias al Señor por los beneficios recibidos, es corresponder á ellos en lo futuro. Si sois esclavos del pecado, romped vuestras cadenas y doblad vuestra cerviz al blando yugo de Jesucristo. Si habéis llevado una vida arreglada, purificad más y más vuestras almas, redoblad vuestras oraciones; y aunque no miréis en torno vuestro sino impiedad y escándalo, recordad que Sodoma y Gomorra se habrían salvado, si hubiera habido tan sólo cinco justos dentro sus criminales murallas.

Sí, Hermanos míos, confío en que la semilla de la pa-

labra de Dios que, inexperto sembrador, he procurado hoy arrojar sobre vosotros, encontrará en vuestros corazones un terreno fértil y rico que le hará producir ciento por uno. Confío en que aquellos de vosotros á quienes la mano del Señor sacará ilesos del contagio, emplearéis todos los días de vuestra vida tan sólo en alabarle y bendecirle, y que el Padre de las misericordias se apiadará de los que sucumbiéremos bajo el peso de su justicia, y perdonándonos nuestras culpas nos llevará á gozar cuanto antes de su eterna gloria.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.